

El humanismo en las escuelas de comunicación y el saber filosófico

*Francisco Prieto**

La primera escuela de comunicación social que se fundara en América Latina y una de las primeras del mundo, tuvo como sede a la Universidad Iberoamericana. Un filósofo, José Sánchez Villaseñor, reconocido en los medios académicos especializados por sus libros sobre las filosofías de José Vasconcelos y de José Ortega y Gasset fue el creador y quien vino a hacer presentes a las escuelas de Periodismo, Televisión y Publicidad ya existentes —sólo las primeras, por cierto, con carácter universitario— que, o bien se abrían a la teoría de la información y los medios modernos de comunicación o quedaban confinadas a ser, exclusivamente, escuelas técnicas.

Sánchez Villaseñor falleció en 1961, o sea, al año de haber ingresado la primera generación y cuando la segunda iniciaba el año escolar. Pero dejó una carta fundacional en la cual establece el porqué de la necesidad de una nueva carrera universitaria. En ese documento, el filósofo, bajo el lema de "la técnica sometida al espíritu", no sólo concibe el mundo de las comunicaciones como un universo, o sea, destinado a ser comprendido en una carrera diferenciada —"esta carrera es nueva en su forma y planeación"— sino que propone la osadía de pretender preparar personas en la ciencia y en el arte. Si por un lado escribió que la carrera busca formar un auténtico intelectual, escribió también que "ese intelectual no puede ser un sabio de gabinete, al margen de la vida, espec-

* Profesor de la Universidad Iberoamericana (UIA).

tador impasible en torre de marfil, desvinculado de la comunidad". No solamente Sánchez Villaseñor propone disciplinas sociológicas, económicas y humanistas sino que advierte que el nuevo profesionalista "requiere, además, de técnicas apropiadas de difusión, relaciones públicas, publicidad, radio, televisión, cine y periodismo" y también: "necesita de la palabra, del signo sensible, del símbolo cargado de subconscientes motivaciones, de imágenes dinámicas".

Mexicano que pasara largos años formativos en Europa, vivió los años inmediatos anteriores al estallido de la Segunda Guerra Mundial y regresaría, luego de una breve estancia en México, después de la guerra, de modo que pudo ser testigo del enorme influjo que tenían sobre amplios sectores sociales intelectuales que abordaban los antiguos y nuevos medios de comunicación, que habían salido, por tanto, de la torre marfil, tales como Brecht, Sartre, Koestler, Camus, Marcel... Esto lo conmovió y, sacerdote, vio en la creación de la nueva carrera un medio de fecundación de una sociedad en estado crítico: "hay que dotar por ello al nuevo intelectual de los medios de contacto, del puente que lo saque de su aislamiento, de los instrumentos y técnicas para llegar al hombre de hoy, al hombre anónimo, al hombre angustiado, extrovertido y disperso, en las mil solitudes del dramático y complejo vivir cotidiano". Y en esto, Sánchez Villaseñor fue un visionario, pues muy lejos estaba el México de los cincuenta de, en la apariencia, en la epidermis, preludiar a ese hombre anónimo y angustiado, a ese ser unidimensional que comenzaba a "protagonizar", pobre antihéroe, la "vida" en los países europeos, en Japón, China, los Estados Unidos... En resumen:

La nueva carrera, llamada originalmente Ciencias de la Comunicación —llama la atención que la hubiera bautizado así el Fundador, pero no tanto si reparamos en que el primer plan de estudios incluía materias de Estadística y Cibernética, en un tiempo en que vivíamos ajenos a las computadoras—, la nueva carrera, digo, había nacido ligada a un objetivo, a saber, la generación de intelectua-

les con habilidades artísticas que sucediesen a quienes, empíricamente, manejaban, a la sazón, los medios y asesorasen a los propietarios de éstos y al Estado en su utilización. De ahí que cuando el autor de este trabajo, en el año de 1963, planteara la nueva carrera al filósofo francés Jean Wahl, que se encontraba entonces en México participando en el Congreso Mundial de Filosofía, éste, como europeo que padeció la guerra y que era, además, judío vio más bien en la carrera una amenaza, un serio peligro, y comentó que así como un buen aviador difícilmente sería un filósofo, asimismo un filósofo no llegaría a ser un buen aviador, en otras palabras, anticipaba los horrores de quienes no abrazasen, desinteresada y, por tanto, amorosamente, el oficio intelectual, o sea, aquellos para quienes pensar no fuera una vocación dada la incompatibilidad fundamental entre el contemplativo y el hombre de la praxis, el hombre de acción. Seguramente, Jean Wahl, pensador ilustre, tenía en la cabeza a Joseph Goebbels y sintió, ino faltaba más!, mucho miedo. Seguramente, amigo como era de Albert Camus, no podía poner entre paréntesis los horrores que se derivaron de haber escrito que ya no se trataba de describir el mundo sino de transformarlo y haber formado filósofos de un tiempo anterior un partido subversivo al que la realidad ajustó cuentas en 1989.

La solución a la paradoja que despiertan las posiciones de Wahl y de Sánchez Villaseñor estribaría en el tipo humano que suele ingresar, actualmente pero también desde su inicio, en la escuela de comunicación social. Si en las cinco primeras generaciones era notorio el ingreso de hombres o mujeres desubicados, o sea, de creativos que no se hallaban en ninguna de las artes formales y otros que si bien era su propósito escribir novela o teatro era claro para ellos que su camino no era el de investigador y huían del esquematismo de la carrera de Letras, era también notorio el ingreso de mujeres que no se encontraban plenamente en las tradicionales carreras humanísticas o de tipos cuyos padres eran publicistas o publirrelacionistas, deseaban seguir el mismo derrotero

les con habilidades artísticas que sucediesen a quienes, empíricamente, manejaban, a la sazón, los medios y asesorasen a los propietarios de éstos y al Estado en su utilización. De ahí que cuando el autor de este trabajo, en el año de 1963, planteara la nueva carrera al filósofo francés Jean Wahl, que se encontraba entonces en México participando en el Congreso Mundial de Filosofía, éste, como europeo que padeció la guerra y que era, además, judío vio más bien en la carrera una amenaza, un serio peligro, y comentó que así como un buen aviador difícilmente sería un filósofo, asimismo un filósofo no llegaría a ser un buen aviador, en otras palabras, anticipaba los horrores de quienes no abrazasen, desinteresada y, por tanto, amorosamente, el oficio intelectual, o sea, aquellos para quienes pensar no fuera una vocación dada la incompatibilidad fundamental entre el contemplativo y el hombre de la praxis, el hombre de acción. Seguramente, Jean Wahl, pensador ilustre, tenía en la cabeza a Joseph Goebbels y sintió, ¡no faltaba más!, mucho miedo. Seguramente, amigo como era de Albert Camus, no podía poner entre paréntesis los horrores que se derivaron de haber escrito que ya no se trataba de describir el mundo sino de transformarlo y haber formado filósofos de un tiempo anterior un partido subversivo al que la realidad ajustó cuentas en 1989.

La solución a la paradoja que despiertan las posiciones de Wahl y de Sánchez Villaseñor estribaría en el tipo humano que suele ingresar, actualmente pero también desde su inicio, en la escuela de comunicación social. Si en las cinco primeras generaciones era notorio el ingreso de hombres o mujeres desubicados, o sea, de creativos que no se hallaban en ninguna de las artes formales y otros que si bien era su propósito escribir novela o teatro era claro para ellos que su camino no era el de investigador y huían del esquematismo de la carrera de Letras, era también notorio el ingreso de mujeres que no se encontraban plenamente en las tradicionales carreras humanísticas o de tipos cuyos padres eran publicistas o publirrelacionistas, deseaban seguir el mismo derrotero

y no existía entonces carrera universitaria para ellos, si esto fue así en las primerísimas generaciones, digo, en la actualidad a esas personas se unen hoy otras que, interesadas en el sector público o en el sector privado, consideran —y quizá tengan razón—, que la administración, pública o privada, es de sentido común y que la carrera de comunicación es más entretenida, sin contar aquellos que, además del entretenimiento, son conscientes de la importancia de poseer una bien estructurada cultura general para destacar y que suele proporcionar la mayoría de las escuelas de comunicación social. En otras palabras, hay algo que salva a este tipo de escuela del riesgo vislumbrado por Wahl de formar a futuros perpetradores de los crímenes lógicos, ora en nombre de Dios, de la libertad o de la justicia social: se trata de hombres de la praxis en primerísima instancia y, centrándose los estudios humanísticos en la cultura general y ya no, como pretendiera José Sánchez Villaseñor, en la casi totalidad de la escuela de Filosofía, se elimina la tentación demoníaca de los apasionados de la razón y de la acción. Me explico:

Si bien el documento de José Sánchez Villaseñor, como hemos mostrado, deja claro que se trata de un encuentro de las humanidades puras con las ciencias sociales y las económico-administrativas, es un hecho que el programa de estudios que él diseñó pecaba, en términos generales, de ingenuo e incluía todas las materias de un plan mínimo para la obtención de una licenciatura en filosofía previa realización de una tesis profesional. Si digo lo anterior es porque un plan de estudios que conlleva todas las materias básicas de la carrera de filosofía más cursos de contabilidad, de estadística, economía, sociología, derecho y cibernética y que, ¡ay!, incluye, además, teoría del arte dramático e historia del teatro, excluye la narrativa al tiempo que reduce el estudio de los medios a una teoría y un laboratorio es un disparate. Ahora bien, es necesario tomar en cuenta que se trataba de un filósofo que jamás había trabajado en los medios de comunicación social y que,

en el tiempo en que él concibe la nueva carrera, aún no se daban los grandes avances tecnológicos en el campo de las comunicaciones, de modo que es necesario destacar la agudeza significada por la inclusión de la cibernética, la teoría de la información —en el primer programa de estudios reducida a sólo dos cursos— y la constatación de la necesidad de una cultura general sólida para los comunicadores. Y una cultura general tiene que centrarse en las humanidades pues la ciencia no es cultura ya que ésta es, en última y radical instancia, un sistema de ideas y creencias que sirve al hombre medio para orientar su vida, para sobrevivir en sociedad, para no sentirse náufrago en el mundo y entre las cosas. Sólo entendida de esa manera, la cultura se relaciona con la existencia y la concienciación del sistema vital de un tiempo específico podrá servir, así, al comunicador en su trabajo.

Pero hay otro punto que es necesario analizar antes de entrar a la evolución del tratamiento dado a las humanidades en las escuelas de comunicación social. Ello tiene que ver, nada menos y nada más, con la justificación del estudio de las mismas y su posición nuclear en los planes de estudios. Y creo que, para ello, debemos remitirnos a la conferencia "Misión de la universidad", pronunciada por José Ortega y Gasset allá por la década de los treinta y que no ha hecho, a juicio nuestro, sino ganar en actualidad. En aquel memorable trabajo, Ortega escribe que la universidad tiene que jerarquizar entre cultura general, profesionalización e investigación y que debe hacerlo, precisamente, en ese orden. Como no es el objeto de este trabajo estudiar la universidad en general y sí el estudio de las humanidades en las carreras de comunicación social, concretémonos a éstas donde lo consignado por Ortega es particularmente importante. ¿Pueden ustedes concebir una escuela o facultad universitaria donde las investigaciones sean más efímeras que en Comunicación? Resulta que o se realizan trabajos de investigación con un gran presupuesto y con la finalidad de tomar decisiones a corto plazo o, de no ser así, cuan-

do el estudio está terminado buena parte del mismo es ya obsoleto. Además, áreas de investigación donde los trabajos y sus resultados puedan tener cierta permanencia o aun llegar a convertirse en clásicos, muy bien podrían realizarse desde otras disciplinas académicas. Como ejemplo de esta última aseveración, podemos mencionar las investigaciones sobre culturas populares que un antropólogo puede emprender auxiliado por el conocedor de un medio de comunicación específico según la materia del estudio; asimismo, un sociólogo puede llevar a cabo mediciones de opinión pública, un psicólogo asuntos relativos a los efectos de los medios en el comportamiento, etcétera. En otras palabras, dar prioridad a la investigación es dejar sin sentido propio, sin diferencia específica, a las escuelas de comunicación social. Por otra parte, ¿es posible imaginar algo más esterilizante que dar primacía en una carrera universitaria al estudio e implementación de metodologías y no de lo que da lugar a la generación de las metodologías, o sea, el criterio y la educación de la percepción? Por otra parte, uno de los errores más frecuentes en las escuelas de comunicación social es el pensar que es la investigación, especialmente la llamada participativa, la que va a generar el conocimiento. En toda investigación, interpretar es fundamental, lo mismo descubrir lo que las apariencias ocultan —a quien padece una situación y a quien la estudia—, y esto sólo puede llevarse a buen recaudo cuando se ha educado la sensibilidad, esto es, a golpes de cultura; de cultura como la hemos venido entendiendo en este estudio. Después de todo, aquellos a quienes se investiga han hecho también novela de sus propias vidas, individuales y comunitarias o colectivas; aquellos a quienes se investiga, ante la posibilidad de un nuevo y más favorable entorno, no tardarían demasiado en reinventar su realidad, otorgando nuevos sentidos al pasado y al porvenir. Porque, ¡ay!, de las falsas ilusiones sólo preserva el conocimiento del pasado aunado a una mirada al propio interior o, más bien, el ejercicio continuado del examen de conciencia; esto último sólo puede

propiciarlo, indirectamente, la enseñanza universitaria a través del trabajo sistemático sobre la historia de la cultura y los grandes clásicos de las humanidades. Pero si es la cultura general la que norma, el comunicador es, como ya dijimos, un hombre orientado a la praxis y su reflexión sobre la comunicación humana y los medios sociales de comunicación sólo tienen sentido en función de la práctica comunicativa; de lo contrario se trataría de una perversión como es perverso aquel que esudiasse la poesía para desentrañarla en primer término y no como un acto de amor a la misma sobre la base del reconocimiento de una incapacidad básica para realizarla. Todo esto nos lleva a concluir de la siguiente manera:

La carrera de comunicación tiene una doble vertiente de atracción: el ejercicio de la profesión, que requiere la teoría de los diferentes campos en que puede ejercerse la acción del comunicador junto con la especialización en alguno de ellos, y el conocimiento del sistema vital de las ideas del tiempo presente al que no se puede llegar sin eso que llamamos la cultura general y que no es otra cosa sino el conocimiento de los distintos lenguajes o códigos que se dan cita en la sociedad sobre la base de una reflexión sobre la historia de la cultura que pueden desglosarse, uno y otra, en diversos cursos. Sólo en tercer lugar vendrá la investigación reducida a metodología básica de investigación documental y estadística. Posteriormente, aquel estudiante apasionado por determinado tema podrá inscribirse en algún posgrado donde, entre otros estudios teóricos, colabore tres, cuatro o cinco semestres en alguna investigación que lleve a cabo un docente que le sea afín. Pero debe quedar claro que tanto la teoría de los medios como de la llamada comunicación organizacional, toman asiento en la cultura general y no alcanzan significados reales fuera del ejercicio, de los talleres que, ante las dificultades que ahí se propongan, inciten a la teorización, a la confrontación de teoría y praxis, de aquello que uno creía que era y cuanto la realidad le muestra desengañando con frecuencia a su imaginación. Exactamente igual como un

futuro novelista es, en primer lugar, un hombre que desde joven leía novelas; luego, alguien que buscó escribirlas y que, al topar con numerosas dificultades, especialmente con su ingenuidad inicial, se da cuenta que necesita vivir y conocer para llegar a escribir, que retorna al amado oficio y se acerca a un escritor mayor y admirado quien confirmará ciertas intuiciones que él tenía de sí mismo, descubrirá ciertos defectos, le hará ver la importancia de conocer y estudiar a otros autores que no conocía y que tienen una afinidad de profundidad con él, llevándole así a un grado de reflexión más profunda hasta que, un buen día, descubre, en la praxis, que, finalmente, ha logrado una modalidad de expresión que no se encontraba en ningún manual o, al menos, que difería más o menos de lo que él creía representar.

Si esta fundamentación ha quedado clara, pasemos revista, a continuación, a lo que sería la evolución del estudio de las humanidades en las carreras de comunicación.

En la Universidad Iberoamericana, el programa de humanidades inicial y ya descrito no conoce mayores modificaciones sino hasta la llegada a la dirección de la carrera del licenciado Jesús María Cortina, quien sacrifica algunas materias filosóficas para dar paso al estudio de diversos cursos de literatura, al tiempo que inicia las especializaciones o áreas especificantes y, en honor suyo, hay que recordar su titánico esfuerzo para dotar a la carrera de talleres bien equipados. Será en el periodo del licenciado José Cárdenas Hernández cuando, en lo que respecta a las humanidades, se alcance el equilibrio deseado que ya no será, en esencia, modificado en los planes de estudio posteriores de las gestiones de los directores siguientes. El plan de estudios de los tiempos del licenciado Cárdenas, además de abrir un abanico de materias optativas, reduce las materias filosóficas a antropología, filosofía social, estética y dos cursos de historia del pensamiento; conserva cursos de literatura, introduce la lingüística y la semiología, mantiene materias de psicología y sociología pero estas últimas enfocadas ya dentro de la teoría de la información. En efecto:

¿no son, acaso, temas como el rumor, la propaganda y sus formas, la masa y sus formaciones, la distancia y la proximidad psicológicas, etc., los temas de psicología social de real interés para un comunicador? ¿No hay, acaso, un conjunto de temas sociológicos que respondan a las necesidades de un comunicador en función de su profesión dado que las grandes concepciones de la sociología fueron, en realidad, planteadas por los filósofos desde tiempo inmemorial y muy especialmente a partir de Vico que se continuaría en Comte, Marx, Weber, Pareto, Simmel y tantos otros pensadores que poco tienen que ver con los actuales técnicos, en realidad ingenieros sociales?

Pero, en fin, no se trata en este trabajo de detallar planes de estudio, sino de llegar a una conclusión sobre el papel de las humanidades en las escuelas de comunicación. Y hay que dejar establecido que cuando la Universidad Nacional Autónoma de México se decide a convertir su escuela de periodismo en una de comunicación, seguirá entendiendo las humanidades desde la perspectiva del saber político en un plan de estudios que privilegia aquél, junto con el derecho y la teoría sociológica sobre la filosofía, la literatura y la psicología. Posteriormente, la Universidad Autónoma Metropolitana privilegiará la lingüística de inspiración estructural —marxista— y a fe mía que a más de un marxista serio esto parecerá una aberración, quiero decir, convertir el pensamiento de Marx, historicista y dialéctico, en estructural —con estudios políticos, privilegiando, por cierto, la investigación sobre la cultura general y reduciendo los talleres de medios a su mínima significación curricular—. Como la otra opción existente en México, a saber, la del Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Monterrey hace hincapié, básicamente, en la profesionalización y considera como formativas las materias provenientes de la carrera de Administración de Negocios, al quedar reducidas las humanidades a dos o tres cursos, no amerita que se le tome en cuenta para efectos de este trabajo.

La cuestión a la que es necesario responder es, pues, qué debe entenderse por humanidades y cuál es su necesidad o, en su caso, utilidad, para un comunicador. Vayamos por partes:

En primer lugar, es necesario consignar que por humanidades, en rigor, nos referimos a la literatura, la historia y la filosofía, lo que no impide que pueda hablarse de un enfoque humanista de las teorías social y política así como de la psicología. En otras palabras, la historia y la literatura son humanidades puras puesto que nos relatan las acciones de los hombres tanto como la filosofía, o amor a la sabiduría, tiene como principio y fundamento la búsqueda de las verdades últimas, algo que está reservado exclusivamente al ser humano y que procura, por tanto, conjuntar, en una totalidad, los diversos saberes existentes. Respecto a esta última afirmación, baste con comprobar cómo los grandes saberes filosóficos implican una teoría del conocimiento, una ontología, un pensamiento social, una estética, etcétera. El filósofo, no se olvide, es hombre de una sola teoría y en esto conviene distinguirlo de aquel que es solamente un escritor, sea un ensayista o un novelista. Conviene, asimismo, distinguir al filósofo del sociólogo puesto que éste, como su nombre lo indica, se centra en el estudio de la sociedad y preferencia del manejo de conjuntos por sobre las realidades individuales. En lo que toca al psicólogo, éste, frecuentemente, es un simple orientador de conductas en situaciones concretas o un analista de la conducta humana en función de objetivos demasiado específicos.

Entonces, si estamos de acuerdo en que el saber humanístico se reduce a la historia, la literatura y la filosofía, es importante analizar la función que cada una de esas disciplinas puede ocupar en los *curricula* de las escuelas de comunicación.

Historia: En realidad, conviene al estudiante de comunicación el estudio de la interrelación de las distintas actividades humanas para el conocimiento de los movimientos sociales, la acción de las personalidades sobre la sociedad y de ésta sobre los hombres que la compo-

nen, las diversas situaciones posibles desde la perspectiva de la causación, las relaciones entre artes y ciencias y de ambas con la política, etcétera. Un estudio, pues, que ya no será, a nivel universitario, una simple relación de hechos sino un real ejercicio de interpretación.

Literatura: Más que el estudio de historia literaria o que uno de preceptiva, más también que el estudio de la poética o de la ensayística, conviene que el estudiante de comunicación profundice en la narrativa contemporánea como una vía hacia el conocimiento no sólo de modalidades de narrar propias del tiempo que se vive, sino como una insuperable y única para tener acceso a la vida privada de las comunidades con las contradicciones que habitan en el interior de los seres humanos. No hay que olvidar, por otra parte, que una parte importante de los profesionistas de la comunicación tendrá que ver, a nivel de toma de decisiones u operativo, con narraciones. Como, por otra parte, el material de relatos con que va a trabajar en los medios será, básicamente, de origen nacional y es de creer que en la secundaria y la preparatoria obtuvo ya un conocimiento suficiente de las literaturas clásicas, conviene que, en la carrera, el estudio se centre en la narrativa mexicana. Después de todo, y para que sirva como ejemplos, Rulfo remite a Faulkner como Del Paso a Joyce e Ibarguengoitia a todos los grandes realistas críticos como Cervantes o Balzac... Conocer a las diversas generaciones de narradores mexicanos del siglo con el estudio detallado de una inteligente y variada selección de novelas y de cuentos sería la vía más adecuada para la formación del comunicador.

Filosofía: Llegamos, finalmente, a la filosofía, y hay que reconocer que si bien fue para el fundador de la primera escuela de comunicación social de Iberoamérica el principio y el fundamento de la nueva carrera, hoy día se le ha hecho un injustificado feo y, de hecho, parece que de ella sólo se privilegia la epistemología y la ética, referida ésta, claro está, a la ética profesional. Sucede, sin embargo, que si por hombre culto entendemos a aquel que posee el sistema vital de las ideas de un tiempo, es desde

la filosofía como se puede tener acceso a ello. Y si algo debe poseer un comunicador es, precisamente, el sistema vital de las ideas de su tiempo. Como esto que estoy diciendo procede de Ortega y Gasset, conviene ahora escuchar al filósofo:

Cultura es el sistema de ideas vivas que cada tiempo posee. Mejor: el sistema de ideas desde las cuales el tiempo vive. Porque no hay remedio ni evasión posible: el hombre vive siempre desde unas ideas determinadas que constituyen el suelo donde se apoya su existencia. Esas que llamo ideas vivas o de que se vive son, ni más ni menos, el repertorio de nuestras efectivas convicciones sobre lo que es el mundo y son los prójimos, sobre la jerarquía de los valores que tienen las cosas y las acciones... El sentido primario y más verdadero de la palabra vida no es biológico sino biográfico... Significa el conjunto de lo que hacemos y somos... Vivir es, de cierto modo, tratar con el mundo, dirigirse a él, actuar en él, ocuparse de él... En cada minuto necesitamos resolver lo que vamos a hacer en el inmediato... Para decidir ahora lo que va a hacer y ser dentro de un momento, tiene el hombre, quiera o no, que formarse un plan, por simple o pueril que éste sea. En suma: el hombre no puede vivir sin reaccionar ante el aspecto primerizo de su contorno o mundo, forjándose una interpretación intelectual de él y de su posible conducta en él. Esta interpretación es el repertorio de convicciones o ideas sobre el universo y sobre sí mismo... La casi totalidad de esas convicciones o ideas no se las fabrica robinsonescamente el individuo, sino que las recibe de su medio histórico, de su tiempo. En éste se dan, naturalmente, sistemas de convicciones muy distintos. Unos son supervivencia herrumbrosa y torpe de otros tiempos. Pero hay siempre un sistema de ideas vivas que representa el nivel superior del tiempo, un sistema que es plenamente actual. Ese sistema es la cultura. Quien quede por debajo de él, quien viva de ideas arcaicas, se condena a una vida menor, más difícil, penosa y tosca. Es el caso del hombre o del pueblo incultos. Su existencia va en carreta, mientras a la vera pasan otras en poderosos automóviles. Al quedar el hombre bajo el nivel vital de su tiempo se convierte —relativamente— en un infrahom-

bre. (Cfr. José Ortega y Gasset, *El libro de las misiones*, Espasa-Calpe, Col. Austral, octava edición de 1965, pp. 102-105.)

Y es el caso que en un mundo de necesaria interacción no puede vivirse al margen del sistema dominante o actual de ideas y creencias, incluso para poder actuar eficazmente en su contra. Nada más ridículo que ese provincianismo que equipara al hombre con el avestruz poniéndole, como al ave, en situación de alta peligrosidad. Entonces, es necesario entender lo más claramente posible las estructuras que conforman el mundo en el que se vive y, muy especialmente, si se ha elegido el oficio de comunicador o mediador (traductor) entre las diversas clases y estamentos sociales. Es aquí donde el estudio de la filosofía cobra su pleno significado. En efecto:

Si en el pasado era absolutamente indiferente que el campesino dominara el sistema vital de las ideas de su tiempo, si le era absolutamente inútil el contacto con las bellas artes y la literatura era porque el mundo hegemónico no llegaba a él: ni sus productos más excelsos ni sus detritus al tiempo que nobleza, burguesía y pueblo llano, por ejemplo, compartían las mismas creencias fundamentales nutriéndose de la misma savia religiosa. Por otra parte, aquella de las bellas artes que se manifestaba al exterior, o sea, la arquitectura, era imitada en las rústicas construcciones de los hombres de los campos y de los pueblos; asimismo, la música culta llegaba al hombre del pueblo por vía de las iglesias y de ahí se transformaba el canto popular exactamente igual como tonadas populares eran transformadas en productos de superior calidad por músicos cualificados. Era así como se daba la interrelación de clases y con ello bastaba, ya que toda la sociedad, como ya dije, participaba de un sistema de ideas y creencias semejante. Con el advenimiento de la sociedad de masas todo fue cambiando progresivamente y, desde hace no demasiados años, en progresión geométrica. Ahora los productos más vulga-

res de los grupos hegemónicos llegan a todos los confines del planeta; numerosos productos valiosos carecen de vitalidad, como si todas las artes hubiesen llegado al estilismo y, por carencia de densidad en la existencia, sucumbiesen en él a un grado tal que pareciese no hubiese sino literatura para escritores, pintura para pintores y música para músicos... Hay una élite dominante, ella misma vulgar, y una pequeña élite tan exquisita como carente de densidad moral. Con lo que no se afirma que no existan productos valiosos, tanto innovadores en la forma como estimulantes en el contenido, se dice sencillamente que éstos se detectan con dificultad.

La sociedad se ha venido vaciando de razones por las cuales ofrendar la vida y quien no tiene razones para morir tampoco, ¡ay!, las tiene para vivir. El hombre del pueblo de los países de alto desarrollo económico y tecnológico participa ya del vacío de valores pues él mismo se ha enganchado en el carro de la modernidad. (No se olvide que la modernidad no es más que un modo de vida que destierra a Dios, como lo concibiera Vico, el precursor de la sociedad civil; que con Descartes identifica la existencia con el pensamiento; que en la Revolución Francesa, la única real revolución pues de ella se derivaron todas las demás ya que ella las contenía, se desenmascaró proclamando la muerte de Dios, la soberanía de la razón instrumental, el fin de la metafísica y la implantación del concepto de cultura como unívoco en el reinado absoluto del progreso, con lo cual todas las culturas que no hubiesen llegado al nivel europeo tendrían, por grado o por fuerza, que acceder a ese nivel. Aquel individualismo radical terminó por confundir al individuo con el Estado y erradicó la noción de persona; así, al negar el derecho a la diferencia, contaminó a las culturas tradicionales hasta desautenticarlas, pervertirlas y, en muchos casos, pulverizarlas. Impuestas en todo el mundo, las culturas tradicionales se han acabado y quien vive en ellas vive a la zaga de la posibilidad de la vida; vive, en efecto, una existencia infrahumana. No hay, pues, otra salida sino la comprensión de esta realidad.

Entonces, ¿quién sino el comunicador sería el canal para, enraizado en la sociedad presente, decodificar los mensajes más diversos y propiciar la comunicación entre los diversos grupos y estamentos?

El hecho es que sólo la filosofía puede poner orden, establecer jerarquías entre los diversos saberes y actividades humanos. A partir de una teoría del conocimiento, ella obliga a la coherencia más radical. Es indudable que no se puede ser marxista y no creer en el realismo socialista por la sencilla razón de que al prometer el Reino de la Libertad, el marxismo niega, implícitamente, que pueda haber lugar para el reino de lo imaginario, que sea posible el planteamiento de contradicciones radicales sin vías de solución a partir de lo cual la criatura rebelde reniegue de su existencia pues ¿cómo es posible vislumbrar el Bien y la Belleza absolutos y no poderlos realizar?; ¿cómo es posible increpar si no hay Dios sino naturaleza y energía sin almas? El rigor al que obliga la filosofía a través de la epistemología, por un lado, pero, por el otro, mediante el conocimiento de la historia del pensamiento haciendo, incluso, presentizar al estudiante la pertinencia de hacerse la pregunta de si puede hablarse o no de real progreso en la filosofía a pesar de que, indudablemente, se hayan obtenido nuevos conocimientos científicos que para nada invalida a los grandes sistemas filosóficos, ese rigor, digo, a que obliga la filosofía va despojando de ingenuidad al estudiante de comunicación haciéndole reconocer la complejidad real del mundo y de la existencia. He aquí algo a lo que poco o nada contribuyen la historia y la literatura puesto que en filosofía se trata de, por encima de las circunstancias, situarse en la esfera superior de la Verdad. He aquí algo a lo que conduce, necesariamente, la teoría del conocimiento, que vuelve a quien hace profesión de filósofo imposibilitado de ceder al eclecticismo o al pragmatismo o, si lo hace, es por haber llegado a la conciencia plena de la imposibilidad del hombre para conocer las verdades últimas con la consiguiente negación de la metafísica. El eclecticismo y el pragmatismo, cuando se dan en

un hombre que es, en esencia, un comunicador, conducen a que éste, sabedor de la necesidad de los seres humanos de creer —son las creencias, que no las ideas quienes sostienen a las comunidades; es por las creencias por las que se da la vida, no por las ideas—, acaba adaptándose a las necesidades que manifiesta la comunidad en la cual labora por la sencilla razón de que, antes que un tal filósofo, es un hombre de la praxis. En otras palabras: el peligro residiría en un filósofo metido a comunicador y no en un comunicador, formado en filosofía. El comunicador es un hombre práctico y, como artista que es, da, de natural, preferencia a lo singular sobre lo colectivo. Difícilmente caerá en el puro embeleso de entelequias intelectuales pues sabe de la diversidad de los seres humanos, de la misma diversidad y fracturas en el interior del hombre. Conviene, además, que las cosas se den así, ya que estudiar la comunicación sin la pasión por su ejercicio y/o por sus productos es algo que, como dije anteriormente, suele traducirse en una forma de la perversión.

Pues bien, si han prestado ustedes la suficiente atención a cuanto aquí se ha dicho, habrán caído en la cuenta, espero, de la importancia del estudio de la filosofía para los comunicadores. En primer lugar, es la filosofía el estudio que garantiza el hábito de detectar las incoherencias en cualquier discurso o propuesta al tiempo que inmuniza contra la tentación de que haya algo nuevo bajo el sol, lo que tiene el efecto de inducir la sensatez en las personas y despojar al comunicador del feo recurso de la experimentación, ya que las llamadas experimentaciones que han quedado, que se consolidaron, fueron aquellas que de experimental sólo tuvieron el nombre. ¿O cree usted que cuando Buñuel, en cine, hizo *El perro andaluz* lo hizo al ahí se va y vamos a ver qué pasa; que cuando Joyce escribió *Ulises* o Picasso pintó el *Guernica*, o Stravinski compuso *La consagración de la primavera* o Brecht revolucionó el teatro y Paz dio su forma definitiva a Blanco lo hicieron a ver si, con el tiempo, algo se salvaba? El estudio de la filosofía lleva al

estu
liter
del
tod
ser
div
que
en
Fin
ció
cio
ese
pro
téc
ral
nie
est
las
cir
cir
bu
se
ja
tie
de
ex
da
co
vi
br
d
d
d
c
n
a
c
t

un hombre que es, en esencia, un comunicador, conducen a que éste, sabedor de la necesidad de los seres humanos de creer —son las creencias, que no las ideas quienes sostienen a las comunidades; es por las creencias por las que se da la vida, no por las ideas—, acaba adaptándose a las necesidades que manifiesta la comunidad en la cual labora por la sencilla razón de que, antes que un tal filósofo, es un hombre de la praxis. En otras palabras: el peligro residiría en un filósofo metido a comunicador y no en un comunicador, formado en filosofía. El comunicador es un hombre práctico y, como artista que es, da, de natural, preferencia a lo singular sobre lo colectivo. Difícilmente caerá en el puro embeleso de entelequias intelectuales pues sabe de la diversidad de los seres humanos, de la misma diversidad y fracturas en el interior del hombre. Conviene, además, que las cosas se den así, ya que estudiar la comunicación sin la pasión por su ejercicio y/o por sus productos es algo que, como dije anteriormente, suele traducirse en una forma de la perversión.

Pues bien, si han prestado ustedes la suficiente atención a cuanto aquí se ha dicho, habrán caído en la cuenta, espero, de la importancia del estudio de la filosofía para los comunicadores. En primer lugar, es la filosofía el estudio que garantiza el hábito de detectar las incoherencias en cualquier discurso o propuesta al tiempo que inmuniza contra la tentación de que haya algo nuevo bajo el sol, lo que tiene el efecto de inducir la sensatez en las personas y despojar al comunicador del feo recurso de la experimentación, ya que las llamadas experimentaciones que han quedado, que se consolidaron, fueron aquellas que de experimental sólo tuvieron el nombre. ¿O cree usted que cuando Buñuel, en cine, hizo *El perro andaluz* lo hizo al ahí se va y vamos a ver qué pasa; que cuando Joyce escribió *Ulises* o Picasso pintó el *Guernica*, o Stravinski compuso *La consagración de la primavera* o Brecht revolucionó el teatro y Paz dio su forma definitiva a Blanco lo hicieron a ver si, con el tiempo, algo se salvaba? El estudio de la filosofía lleva al

estudiante al rigor que impone la razón tanto como la literatura y la historia impregnan al futuro comunicador del sentido del tiempo, de las contingencias humanas, de todo eso que media entre el sueño y su realización. Y al ser el comunicador hombre tentado por las teorías más diversas, es la filosofía quien puede orillararlo a un rigor que no hará sino conferir mayor densidad a su trabajo y, en el peor de los casos, podrá salvarlo de la puerilidad. Finalmente, es bueno y necesario apuntar que la conjunción de estudios filosóficos, históricos y literarios proporciona esa cultura general fundamental para escapar de ese fenómeno tan americano que es el del churro o producto que ofende a la inteligencia, ora en el aspecto técnico, ora en cuanto a diálogos y contenidos en general. ¿O no han reparado en la carencia de churros provenientes de países donde desde la preparatoria los estudiantes quedaban impregnados por los estudios de las literaturas clásicas? Es un hecho que frente a las cinematografías iberoamericana y norteamericana, el cine y la televisión europeos se han caracterizado por la buena factura pero, sobre todo, por carecer de eso que se llama humorismo involuntario y otras torpezas de este jaez. De hecho es bueno tener en cuenta que al genio le tiene sin cuidado la sociedad y que ésta debe ocuparse de la educación esmerada del hombre medio, pues tanto existe la escasez en lo que se refiere a talento y creatividad como existe en el terreno económico. Y en México, como en prácticamente toda la América Latina, quien ha vivido a la buena de Dios ha sido, precisamente, el hombre medio; ese hombre medio que nutre a las universidades pero también, pasando o no por ellas, a los medios de comunicación colectiva.

Pero es el hecho que la inmensa mayoría de los planes de estudios actuales en las escuelas de comunicación ha dejado de lado los estudios filosóficos que han quedado reducidos al curso de Lógica, a Filosofía del Lenguaje en algunos casos, a uno o dos cursos de Historia de las Ideas que no necesariamente inciden en lo que es, propiamente, la historia del pensamiento filosófico... La Universidad

Iberoamericana, que como veíamos al principio de este trabajo, inicia la carrera en América Latina privilegiando los estudios filosóficos, ha venido, iella también!, reduciendo el número de materias provenientes de la Facultad de Filosofía. Y, sobre esto, hay que tomar en cuenta que la comunicación ha encontrado su propio campo, que hay, como ya dije hace un momento, un conjunto de materias de índole sociocultural que muy bien pueden estudiarse, exclusivamente, desde la perspectiva de la comunicación y que es necesario crear un buen número de materias optativas que especialicen no sólo dentro de cada medio de comunicación sino dentro de cada una de las ramas que constituyen el saber humano. Me explico: así como no se trata de estudiar televisión *per se*, porque se puede hacer periodismo de televisión o teatros o televisión educativa, por ejemplo, asimismo hoy en día un periodista con interés en la economía y las finanzas, es importante que conozca los fundamentos de esos asuntos para que pueda desenvolverse debidamente en los cada vez más numerosos órganos informativos económicos ya que él es, fundamentalmente, un comunicador con inclinación por los asuntos económicos y financieros y no al revés, en otras palabras, alguien que es más próximo al modo de ser de los periodistas que al de los economistas.

En ese sentido, la Universidad Iberoamericana, al trabajar cada vez con mayor dedicación la cuestión de las especialidades y haber reducido las materias filosóficas a los estudios de Teoría del Conocimiento y Retórica, Historia del Pensamiento, Filosofía del Lenguaje, Antropología Filosófica y Estética no ha hecho sino obedecer a una necesidad de los tiempos conservando las materias básicas para la formación, por parte del estudiante, de un pensamiento bien estructurado. Y, de hecho, ninguna universidad puede hacer más. El problema mayor que enfrentan las universidades, pero también la sociedad, es el de la pésima formación en humanidades de nuestros estudiantes de secundaria y de preparatoria, lo cual no se resolverá mientras no se dé una sólida forma-

ción de un número considerables de esos profesores de enseñanza media aunada a sueldos que les garanticen poder llevar a buen recaudo su vocación. He aquí la cuestión germinal en nuestro país aquí y ahora y que se traduce en asegurar un salario que permita una vida digna al profesor. Hablar, mientras ese problema no se resuelva, de reforma a los planes de estudio, de un mayor aprovechamiento, etcétera, no es sino bordar en el vacío. La filosofía requiere de una entrega casi total de ahí que sea disonante, para alguien licenciado en filosofía, decir "soy filósofo" como tranquilamente dice "soy contador" cualquier pasante de contaduría. Asimismo, ser una persona culta no es algo que se improvisa puesto que significa, ni más ni menos, que se posee el sistema vital de las ideas del tiempo en el que se vive. Y si hay una profesión que requiere de personas cultas esa es, justamente, la de comunicador.

Por último, paréceme pertinente consignar que si bien los estudios filosóficos deben seguir siendo las piedras angulares hacia el conocimiento en la carrera de comunicación, éstos deben armonizarse con los de historia y de literatura —tanto narrativa como dramática— al tiempo que los estudios sociológicos y psicológicos se emprenden desde la perspectiva de la comunicación; que es necesario que haya cada vez más especialización en función de la profesión y que, finalmente, el orden jerárquico en las escuelas de comunicación debe ser el de cultura general, profesionalización y, por último, investigación. Empero, cada vez considero más importante que cada universidad con posgrado en comunicación social se especialice en una temática especificante centrada en investigación del más alto nivel que origine los doctorados de que aún carecemos; asimismo, me parecería útil y estimulante que otras universidades generen maestrías y especializaciones en aspectos concernientes al quehacer comunicacional, ora en los medios, ora en las empresas y organismos estatales. En el primero de los casos, hay que tomar en cuenta que serían, necesariamente, doctorados interdisciplinarios centrados en una proble-

mática, claro está, de comunicación de lo que es ejemplo, por cierto, el Programa Cultura de la Universidad de Colima. Pero, lo que no podemos perder de vista es que a esos doctorados, maestrías o especializaciones sólo podría tener acceso aquel que tuviese una sólida cultura general aunada al conocimiento de la teoría de la información y de la dinámica de, al menos, un medio de comunicación. He ahí algo que nos haría avanzar en la precisión del objeto especificante de una carrera que, por cierto, congrega, ¡y esto ha sido un triunfo!, a un tipo humano que antes no hallaba ubicación específica en universidades o tecnológicos.